

Además, hay que contar con que, disipada la crisis, se reanudarán las transacciones comerciales, aumentará el tráfico y con él los ingresos de la Compañía.

Así ha comenzado á suceder, como lo demuestra el hecho de que dichos ingresos han aumentado en un 68 por 100 en el primer semestre del año de 1909-1910, en relación con el mismo período de 1908-1909. Ese aumento es de dólares..... 1.351,079.

Todo augura, pues, el mejor éxito á la Compañía de los Ferrocarriles Mexicanos y prueba la solidez de la Consolidación.

o o o

La Consolidación de los Ferrocarriles Mexicanos, de que acabamos de dar idea, merecía un artículo aparte en la serie de los que hemos venido consagrando al México actual. Por su magnitud, por el brillo con que ha sido consumada, por sus colosales ventajas y por su ningún costo para el Tesoro Mexicano, es una obra maestra y un modelo que muchos otros países pueden envidiar.

Nosotros la señalamos á nuestros lectores como uno de los más grandiosos coronamientos de una obra excepcional de paz y de progreso, que redundará en gloria y fama para el excelso gobernante Porfirio Díaz, que ha sabido llevarla á feliz término.

—):o:(—

La Política del General Díaz

La Política
del
General Díaz

Si la obra administrativa del General Díaz no ha sido, en realidad, ni puede ser objeto de crítica alguna y más bien merecido aplausos que reprobación, no ha pasado lo mismo con su actitud política y con sus procedimientos de gobierno.

La mayoría del país ha aceptado estos últimos y se ha afiliado á la primera subyugada por los brillantes resultados de todos los órdenes que la política porfiriana ha producido en el país; pero no han faltado, allende y aquende el Bravo, espíritus inquietos, descontentadizos, algunos de ellos ambiciosos de gloria y de poder, otros puros

y simples intrigantes sin prestigio ó políticos sin porvenir, que han formulado críticas severas y propalado especies despectivas respecto á la política del General Díaz, que también han solido recaer sobre su persona.

Nada mejor podemos hacer para hacer públicos los hechos que refutan esas especies despectivas, que reproducir un artículo publicado en México, que hizo suyo casi toda la prensa de aquel país y que no ha encontrado contradictor.

Refiriéndose á las críticas enderezadas contra la persona y contra la política del General Díaz, decía el artículo en cuestión:

“Se dice, generalmente sotto voce: “El General Díaz no ha querido ni quiere dejar el poder.” Y se aducen pruebas ó cosa parecida en pro de este modo de ver: “El General Díaz proclamó el principio de la no reelección, y después de la administración del General González, hizo reformar la Constitución admitiendo la reelección por un sólo período, para más tarde retrotraernos á la reelección indefinida.”

“Después, ningún candidato le ha satisfecho y se ha hecho reelegir continuamente: y, por último, revela á Creelman su deseo de descansar y vuelve á aceptar su candidatura para el próximo período.”

“Para hombres superficiales, para los diletantistas de la política, estos hechos hacen prueba plena, y aunque infundada—ya lo veremos—no pocos tienen la convicción de que el General Díaz

jamás ha pensado dejar el poder, nunca ha proyectado sinceramente darse en vida un sucesor, y menos aún ha pretendido, como ha manifestado desearlo, hacer un ensayo de democracia.

“Apresurémonos á decir que la mayoría de las gentes que así piensan, se felicitan de que así sea. La historia humana presenta pocos ejemplos de gobernantes tan apropiados á las condiciones de un país y de una época, y tan eficaces para procurar á un pueblo los bienes primordiales, la paz y la prosperidad, de los que el tiempo hará bienes definitivos, la democracia y la justicia. Y cuando un pueblo encuentra un Enrique IV que le procure la *poule au pot* y, además de ella, la paz, la seguridad y la respetabilidad en el exterior, quisiera con toda el alma hacer imperecedero el régimen é inmortal al hombre que ha hecho llover sobre él el maná, que lo ha sacado del tonel de Diógenes y redimido de la ignominia de la Corte de los Milagros, para darle hogar y patria, y elevarlo á la noble categoría de ciudadano de un país laborioso y próspero.

“El anhelo de que el General Díaz perdure en el poder, no es, pues, un anhelo del Presidente, es una aspiración del pueblo mexicano; y acusar al General Díaz de querer la perpetuidad de su mandato, es acusar al pueblo de preferir lo cierto á lo aleatorio y de querer conservar incólume el bien que se le ha hecho disfrutar.

“Pero á qué razonar, si con hechos fehacientes, innegables y que es ya tiempo de hacer públicos, puede demostrarse que el General Díaz ha que-

rido, dejando en buenas manos el poder, retirarse á la vida privada y ensayar en el Gobierno del país nuevos hombres, que lo que no ha mucho manifestó á Creelman, es decir, el deseo que lo animaba de confiar á otras manos las riendas del Gobierno, viviendo aún quien las ha manejado con tanto acierto, ha sido desde muchos años hace, su idea fija y su preponderante preocupación; que, ambicioso únicamente del bien público y de la grandeza de su patria, no ha querido que su desaparición venga á causar un sacudimiento desquiciador en el país y sí ha anhelado que éste, por transición insensible y gradual, llegue al porvenir sin sacrificar ninguna de las conquistas del presente.

“Las personas de elevado criterio y nobles intenciones, que ignoran los hechos que nos proponemos hacer públicos, se han asombrado siempre de que el General Díaz, que ha alcanzado tanta grandeza, no consume su obra dando como Cincinato ó como Grant un ejemplo de desprendimiento y de virtud democrática, retirándose á la vida privada después de haber hecho la paz y la prosperidad; y se han preguntado con asombro cómo el General Díaz se ha conformado con ser el primero en su país, cuando tan fácil le sería ser uno de los primeros en la humanidad. Para ello le habría bastado tan sólo bajar los escalones del poder y dejar al país ensayar sus fuerzas, bastarse á sí mismo y reemplazar la poderosa influencia de su persona con la acción colecti-

va del pueblo; y á la hora tremenda de la desaparición definitiva, ver á su país ya adulto, fuerte y capaz por sí mismo de orientar sus destinos hacia los grandes ideales.

“Quien así piense tiene mil veces razón; pero quien primero así ha pensado ha sido el General Díaz.

“Cuando á principios del 77 el Señor General Díaz fué electo por la primera vez Presidente de la República, como quiera que no podía tomar posesión de su cargo en la fecha constitucional y no la tomó sino hasta el 5 de Mayo de aquel año, sus amigos se empeñaron en que el período de su administración se computara desde esa fecha hasta el 5 de Mayo de 1881. El Señor General Díaz rehusó terminantemente y exigió que el cómputo se hiciera como si hubiera tomado posesión en Diciembre anterior.

“No es ésta la conducta de un hombre sediento de poder, que se propone perpetuarse en él y para quien es siempre precioso un día más del ejercicio del mando.

“Durante su primera administración, y al espectáculo de las grandes dotes que el Presidente supo desplegar, sus numerosos partidarios lo instigaron á que prescindiera de la cláusula de su programa que se oponía á la reelección y á que restableciera el primitivo texto constitucional. El General Díaz se opuso enérgicamente á ello, y á su tiempo entregó el poder al Señor General González, electo para sucederlo.

“Menos aún que el primero, este segundo rasgo de su conducta es propio de un ambicioso insaciable y de un anhelante de perpetuidad.

“Si durante su segunda administración dió su asentimiento á la reelección por un solo período y años después á la reelección indefinida, débese á los apremios reiterados de la opinión que no quería confiar á otras manos la conservación de la paz y la reorganización de todo cuanto en el país había de imperfecto, de deficiente y de desquiciado y que para tan magna labor sólo confiaba en el General Díaz.

“El estado de apaciguamiento del país en el 98, la solidez del crédito, la prosperidad del Erario y las seguridades de un desenvolvimiento económico no desmentido después, salvo contratiempos mundiales á cuya influencia ningún país, inclusive los más poderosos, ha logrado escapar, sugirieron al General Díaz la idea de que acaso había llegado el momento de poder retirarse á la vida privada con la seguridad casi completa de que el país no experimentaría con ello contratiempo mayor.

“Este propósito no sólo era grande, noble y casi sin ejemplo en la historia humana, sino también perfectamente fundado y plausible.

“Podía, pues, retirarse, no tanto en busca de un descanso que siempre ha ardientemente apetecido, al que tiene irrecusable derecho, y al que por lo demás, está tan poco acostumbrado, cuanto para ver en acción por sí mismas esas fuerzas vivas de paz y de progreso por él creadas para bien

de la Patria, para darse la satisfacción de seguir de lejos la marcha tranquila y progresiva del país por la sola influencia de los intereses creados, por el juego normal de las potencias y de las resistencias económicas, políticas y sociales y para cerciorarse en vida de si su obra era tan grande y sólida como la había soñado.

“Si como todo lo hacía prever, el país podía caminar por sí mismo, conservar lo adquirido, acrecentarlo y avanzar por la senda trazada, no se había dado jamás un paso más gigantesco hacia la realidad de nuestras instituciones; el fundador del orden y el promotor de la riqueza vendría á ser el más eficaz educador democrático y el llamado dictador y hasta tirano, llegaría á ser el verdadero creador de nuestra democracia y el paladín más esforzado de nuestras libertades públicas.

“Para realizar este plan era forzoso preparar una sucesión regular y normal, pensar en persona caracterizada que pudiera contar con el apoyo de vastas categorías sociales y con prestigio y simpatías bastantes para asegurar su elección.

“El General Díaz pensó en el señor Limantour, Secretario de Hacienda, y le sugirió que hablara con los numerosos amigos y simpatizadores que su hábil gestión financiera le había granjeado en el país y se presentara como candidato á la sucesión presidencial.

“El señor General Díaz ofreció su concurso al señor Limantour y preparó un manifiesto á la Nación, documento que conocieron el señor Ge-

neral Mena y algún otro amigo íntimo, en el cual y fundado en razones análogas á las que ya quedan expuestas, renunciaba su candidatura para el período de 1900-1904.

“Formulada y fundada esta renuncia, no era dudoso que los incontables amigos políticos del señor General Díaz ofrecieran sus votos al señor Limantour, á lo cual el señor Presidente cooperaría con los medios de persuasión de que legítimamente podía disponer, gracias á lo cual la elección del señor Limantour podía darse como casi segura.

“El señor Limantour, aunque profundamente penetrado de gratitud ante tamaña manifestación de estima y de confianza, declinó la alta distinción con que se le honraba y que aun en el supuesto de un fracaso, á tanto grado lo enaltecía.

“Nada podía colmar mejor la ambición, aun desmesurada, de un hombre, que el título de sucesor del más eminente de los estadistas con la plena anuencia de éste y su directo apoyo moral.

“Para no aceptar la candidatura que se le ofrecía, el señor Limantour invocó á razones de diversa índole: su carácter civil que le dificultaría, acaso, granjearse las simpatías del elemento militar; su falta de hábito y su poca pericia para la solución de los problemas políticos, los más áridos, los más complejos, los más escabrosos que puedan presentarse á la perspicacia y á la ciencia humana; sus merecimientos, que no

creía bastantes á justificar lo que podría reputarse como una loca ambición, como con menor motivo se ha dicho y propalado después, y, hasta el estado de su salud, por aquel entonces bastante quebrantada.

“El señor General Díaz, con su alta perspicacia, no juzgó verdaderamente seria, sino la primera objeción; pero creyó que fácilmente podría removerse el obstáculo asociando á la futura labor administrativa del señor Limantour, un soldado de alta graduación y prestigio que aportara á la combinación las simpatías del Ejército.

“Aprovechando su estancia en Monterrey, en Diciembre de 1898, el señor General Díaz comunicó su proyecto al señor General Don Bernardo Reyes, y consultó su parecer. El señor General Reyes acogió la idea con verdadero entusiasmo y ofreció al señor Presidente su más activa colaboración en favor del señor Limantour.

“A pesar del éxito de esta importante gestión, el señor Limantour seguía insistiendo en que el señor General Díaz lo librara de las tremendas responsabilidades de una sucesión eventual á qua no le llamaban sus inclinaciones y que no juzgaba adecuada á sus facultades; en tanto que el General Reyes insistía, á su vez, con apremio, en que debía aceptar el alto puesto que con tantas probabilidades de éxito podía llegar á ocupar.

“Pasaron algunos meses sin que tal estado de cosas cambiara, y habiéndose hecho necesaria su presencia en el extranjero para el definitivo

arreglo de la conversión de la Deuda, el señor Limantour se ausentó del país.

“Como las elecciones de 1900 se aproximaban y no se había podido vencer la resistencia del señor Limantour, el señor General Díaz, urgido por sus incontables amigos y cediendo á la presión de la opinión pública, aceptó de nuevo su candidatura, guardó su manifiesto y el voto unánime de la Nación lo aclamó otra vez Presidente.

“Ante hechos de este género que nadie de quien los conoce se atreverá á desmentir, ¿habrá todavía quien sostenga que el General Díaz ha querido perpetuarse en el poder? Quienes tal cosa pretendan no conocen al General Díaz, ni están al tanto de los hechos, ni saben de cuánta abnegación es capaz un corazón de patriota cuando del bien y de la grandeza de su patria se trata.

“Pero aun hay más y nuestras revelaciones van á poner en claro cuánto ha sido el empeño del General Díaz de tener en vida un sucesor y de darse el grandioso espectáculo de haber preparado al país para gobernarse por sí mismo y de ver que por sí mismo se sabría gobernar.

“No realizado el intento del General Díaz en la época propicia de las elecciones de 1900, su propósito cambió de forma; pero se conservó idéntico en el fondo.

“Electo Presidente, tomaría posesión del poder, lo ejercería unos meses, pediría después una licencia y dejaría en su lugar un substituto.

“El señor General Reyes, que había aplaudido la primera combinación, acogió con no menor entusiasmo la segunda. Fiel á sus primeras promesas, propalaba en lo privado y en lo público los méritos del señor Limantour y le instaba reiteradamente á que, ya que había rehusado la primera combinación, aceptase la segunda.

“Hubiérase dicho, tal era su afán y tales sus apremios, que él era el primer interesado en la realización del proyecto.

“Por más que, sin duda alguna, el segundo plan fuera más aceptable que el primero para un hombre que había mostrado una probidad superior á todo elogio, declarándose incapaz de desempeñar un puesto que, aun incapaces, hubieran aceptado novecientos noventa y nueve hombres sobre mil, tales eran su modestia y sus convicciones que el señor Limantour se rehusó también en esta vez.

“Pudo presenciarse entonces un fenómeno extraordinario para los espíritus vulgares; pero perfectamente lógico para quien conoce á los hombres; ante tan tenaz resistencia, el General Díaz, frío, sereno y acostumbrado á vencer con la perseverancia de los obstáculos, insistió y buscó otra forma á su idea; el General Reyes, pasional, impaciente, impulsivo, más afecto á asaltar que á sitiar, quiso aprovechar aquellas circunstancias para fines personales.

“Brotó entonces y como por arte de magia, una prensa procaz, virulenta, que en cabeza del señor Limantour vapuleaba en realidad á la

Administración porfirista, que hacía una oposición insensata y escandalosa al Ministro de Hacienda, al Gabinete del General Díaz y también ¡cuántas cosas se ven y llegan á saberse en la vida! al señor General Reyes, Ministro ya entonces de la Guerra.

“A poco se vió claramente que era del General Reyes de quien partían esos golpes, y la prudencia y el tacto del señor General Díaz, admitieron la versión de un hijo desobediente y rebelde que se atraviesa al paso de la política de su padre y la contraría abiertamente. El General Reyes renunció la cartera de Guerra y se retiró á Nuevo León.

“Después de estos incidentes el General Díaz no podía hacer ya más en el sentido de sus primeros propósitos. Mas no por eso desistió de lo que su idea tenía de fundamental. Pensó entonces en la reforma constitucional que creó la Vicepresidencia de la República, en la forma en que hoy está establecida.

“A las primeras insinuaciones de sus amigos en pro de su candidatura, el señor Limantour la renunció públicamente.

“El candidato triunfante para la Vicepresidencia fué el señor Don Ramón Corral, cuyos grandes merecimientos lo designaban para la sucesión eventual del señor General Díaz. Todo lo recomendaba, su edad, sus energías intactas, su vasta inteligencia, la experiencia adquirida en el Gobierno de Sonora, primero, y en el del Distrito Federal y en la Secretaría de Gobernación

después, y su leal adhesión al Presidente, que evitaría el peligro que en el país había presentado esa forma de la Vicepresidencia; la posibilidad de que alrededor del Vicepresidente, se constituyera un foco de hostilidad al Gobierno establecido.

“Todas estas grandes cualidades y más que todo, la seguridad que podía abrigarse de que el señor Corral seguiría con convicción y con entusiasmo cuanto de fundamental tiene el programa de gobierno del General Díaz, hicieron simpática al pueblo y al Presidente su candidatura.

“Pero el señor General Díaz no desistía de su idea de ver, en vida, al país en plena actividad democrática, y algunos años después de las elecciones, motu proprio, espontáneamente, abrió camino á la opinión pública, para manifestarse y actuar, dentro de la paz y del orden, en las futuras elecciones.

“Tal es la verdadera y profunda significación de la entrevista con Creelman. (1) Ella le dió ocasión de hacer conocer al país deseos que databan de muchos años y en cuya realización había desplegado tanto empeño.

(1) En dicha entrevista, el General Díaz manifestó al periodista Mr. Creelman sus deseos de retirarse del poder, dejando tras de sí un gobierno fuerte y respetado y organizado un partido de oposición, dentro de las exigencias de la paz y de la democracia. Igualmente expresó el deseo de que México estuviera dispuesto á aceptar su idea y maduro para secundarla.

“Esta declaración podría suscitar en el país el ansiado movimiento democrático, respetuoso de la ley é inspirado en el más puro patriotismo; y á él podía confiar el General Díaz el cuidado de designarle un sucesor.

“Pero al tener conocimiento de los deseos del General Díaz, la mayoría del país, y no sin justicia, se alarmó, temió ver comprometido el porvenir y náufrago el presente, y acudió de nuevo con apremio y con insistencia al piloto que había sabido tantas veces llevarlo á buen puerto.

“No quedaba al patriotismo del General Díaz otro camino, para devolver la paz á los espíritus y la tranquilidad á los intereses, que el ceder á la presión de la opinión pública, que le impuso su candidatura, y continuar simpatizando con la del señor Corral.

“Los sucesos supervinientes han corroborado la sabiduría y el patriotismo de esa determinación.

“Si ciertas agrupaciones políticas se propusieron secundarla, se organizaron debidamente é iniciaron una propaganda pacífica, serena y legal, otras, principalmente una, la del General Reyes, se consagró á promover en el país una agitación malsana, prefirió los atentados demagógicos, á los procedimientos democráticos, hizo resucitar la prensa procaz y difamatoria, pretendió minar la disciplina, tan digna de elogio, del Ejército, y desmoralizarlo cuando su moralidad se había aquilatado tanto, y en suma, quiso retrotraer al país á las épocas calamitosas de que

el General Díaz lo había alejado y de que durante su sabia administración no había habido ejemplo.

“Esos procedimientos políticos, tan poco en armonía con los altos deseos del señor General Díaz, han agrupado de nuevo á la Nación alrededor de su persona y de su programa y decidido á cuanto el país tiene de más laborioso, de más patriota y de mejor intencionado á secundar de nuevo y sin vacilación las miras de su Presidente.

“¿Será posible todavía tachar al General Díaz de ambicioso vulgar y formularle el cargo de haber querido perpetuarse en el poder?

“La ambición loca, la deliberada ceguera demagógica y el rabioso despecho lo harán siempre, sin razón y contra toda razón; pero el elemento sano y patriota agradecerá eternamente al General Díaz que haya preferido seguir gobernando, á hundir al país en la ruina y el desprestigio, abandonándolo en manos de la anarquía.”

* * *

El largo artículo que acabamos de reproducir condensa y justifica la política del General Díaz.

México está lejos aún de poder gobernarse dentro de las formas democráticas y especialmente de las que son preferidas entre los anglosajones. La diversidad de las razas, la ignorancia de las masas sobre cuya educación ha tenido poca influencia el Gobierno Federal por ser la Educación Pública del resorte de los Estados,

el temperamento pasional y las tendencias demagógicas y jacobinas de una parte de las clases superiores, así como el refinado clericalismo de los ricos y sobre todo de los grandes propietarios rurales, han sido y serán por largo tiempo aún, obstáculos serios para la implantación de la verdadera democracia.

Pero además de sus emancipadores y de sus reformadores, México ha encontrado en el General Díaz el mejor y más ferviente propagador de la democracia. Porque nadie trabaja mejor y más eficazmente en pro de ella, que quien funda la paz, acrecienta la riqueza y difunde la enseñanza; y el General Díaz ha pacificado, enriquecido é ilustrado á su país y lo ha puesto en el sendero que antes de mucho lo conducirá á la más amplia, más completa y más envidiable libertad política.

Y así agigantada su obra, el General Díaz llegará á ser para la posteridad uno de los gobernantes más excelsos de que la humanidad pueda preciarse y México uno de los países más felices y prósperos del mundo.



EXPLICA ALPOMINA
PUBLISHED BY THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA
1920

F1233

102000 3004

.5

105267

D48

AUTOR

DIAZ, Porfirio

TITULO

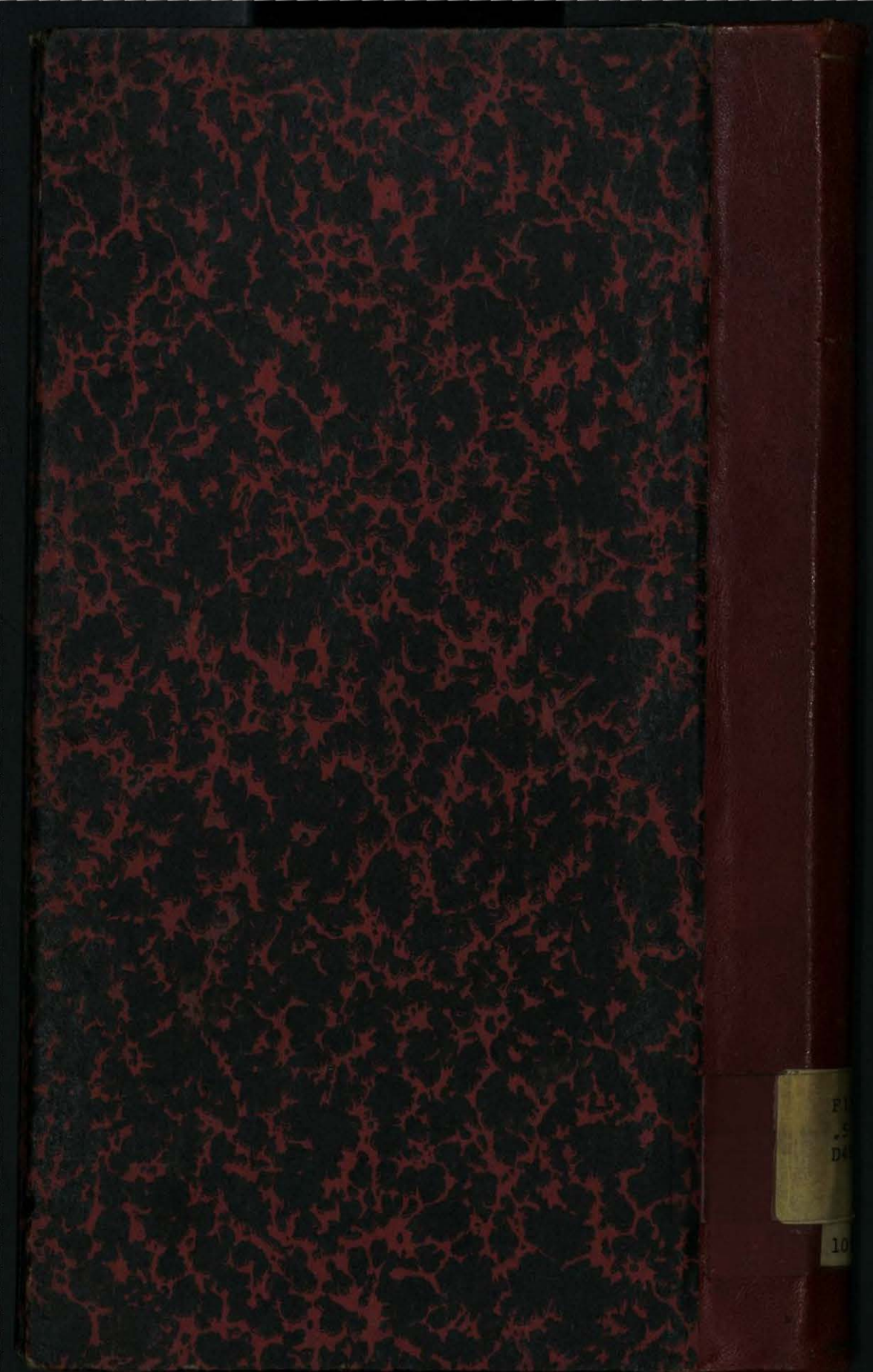
La República Mexicana...

FECHA DE
VENCIMIENTO

NOMBRE DEL LECTOR

Porfirio

BIBLIOTECA NACIONAL DE MEXICO
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS
1900



F
.3
D

10